

LA ESCUELA Y LAS REDES SOCIALES DE APOYO: ¡DESCIFRÉMONOS!

Jorge Vargas Amaya

PSICÓLOGO. UNIDAD DE INVESTIGACIÓN, IDEP.

De unos días para acá, la radio emite mensajes en los cuales, ante ciertos comportamientos como el alcoholismo y la drogadicción, invita a la juventud a “que nos descifremos”. Este lema queda latente en la mente de estudiantes y maestros. Hablando con algunos de ellos nos hemos preguntado cómo podemos generar la posibilidad pedagógica de descifrarnos. Esto quiere decir que el comportamiento humano tiene códigos cifrados en claves que no entendemos, y se requiere de nuevas formas para descifrar y comprendernos unos a otros.

Cuando el maestro detecta la situación emocional crítica de un estudiante, se preocupa de cómo apoyarlo en su conflicto interno. Quizá recurra a los consejos, por aquello de la experiencia, pero si la observación de su entorno es más sensible, nota que el caso de un estudiante no es aislado. Así tal vez encuentre problemáticas similares en otros estudiantes, con determinados conflictos familiares. La conclusión inicial que podemos sacar es que el conflicto del escolar no es aislado y ajeno a una serie de situaciones. Esto es más claro en problemáticas como la drogadicción, el maltrato, la violencia escolar y las crisis familiares. En todos estos casos podemos hablar de la existencia de un síntoma social como el conjunto de signos que muestran un malestar emocional, desgano afectivo y pérdida de sentido de la realidad. Es la afectación del comportamiento de los niños dentro de su grupo

social, que como núcleo crítico del comportamiento afecta las interrelaciones de la comunidad educativa, incluidos sus padres y maestros. Y es que la fuente y origen de estos procesos que afectan la vida emocional del estudiante están en el seno familiar.

Esta situación nos muestra que los problemas no son aislados sino que están inmersos en las redes de relaciones sociales de los estudiantes, y que estas interrelaciones se ven afectadas. Así, con distinta intensidad, los grupos afectivos se ven deteriorados en sus relaciones con resistencias a la comunicación e interrelación, haciendo parte de la manifestación de un problema con el que se convive en la escuela. A su vez, el maestro se refugia en métodos restrictivos o en el ejercicio académico, cuando en realidad parte del quehacer pedagógico está en intervenir estas relaciones emocionales de la colectividad: la tarea es transformar las relaciones del síntoma social en relaciones de formación humana, transformando la naturaleza afectiva y valorativa de los hilos conductores de la problemática vital de los estudiantes. Hay que transformar la carga afectiva del discurso y la actitud de los maestros, estudiantes y padres de familia. Para lograrlo tenemos que aprender de la naturaleza de estas redes sociales: cómo se forman y qué interrelación tienen entre familia, escuela y grupos de pares.

La realidad psíquica de la escuela y el *imago* de la familia: la sujeción del infante

El maestro encuentra situaciones desconcertantes en la escuela: chicos que se relacionan agresivamente con las niñas, aglomeración de pandillas con agresiones encubiertas o explícitas, niñas deprimidas, niños aislados, en fin, ambientes difíciles que ponen a prueba su sensibilidad, paciencia y preocupación.

El maestro se pregunta cómo comprender este mundo subjetivo, cómo llegar a él. Qué se puede hacer ante la situación desbordante de una vida en la escuela que transcurre entre mundos paralelos y fragmentados.

Pues bien, en este ensayo queremos aproximarnos a una conceptualización de este mundo, para comprenderlo y apoyarlo pedagógicamente. Ésta es nuestra aventura y esperamos encontrar algunas luces en este proceso anunciando, primero, una explicación de estas problemáticas y una propuesta de trabajo en torno a la organización de microredes de apoyo.

En la mayoría de los casos, los factores psíquicos y físicos que afectan al niño se expresan en la vida escolar. De ahí la importancia de abordar al niño como sujeto protagónico de una constelación de relaciones psicoafectivas de las que hace parte, y que por sus características de ser humano en plena formación, desarrollo y crecimiento, inciden significativamente en sus posibilidades de desarrollo y de existencia.

Los conflictos internos de la vida personal de cada estudiante se encubren en las apariencias de la vida escolar. El cumplimiento de las tareas, la indisciplina, el desinterés académico, la inestabilidad escolar, la deserción —síntomas psicossociales—, encubren las heridas psicológicas que siguen presentes en la emocionalidad de los alumnos. Lo que en el espacio de la vida escolar acontece por presencia o ausencia, se convierte en el soporte vital de la proyección y realización de los estudiantes como sujetos de la trama de relaciones sociales en formación.

La escuela, como espacio de vida psíquica, es un referente afectivo en el que hay una representación de la imagen del

estudiante en formación de sí mismo, de la existencia de un padre, una madre y unos hermanos, cuyo *imago* se proyecta y transforma en su relación con los maestros, en compensación de las figuras paternas, y en su relación con los compañeros, en compensación de los hermanos. Los acontecimientos que suceden en torno a ellos, tales como las representaciones de autoridad, de identidad, las relaciones afectivas y de pertenencia presentan niveles de introyección en los procesos de formación de los alumnos y de realización o frustración, que desencadenan los conflictos y rompen con el encantamiento de la vida cotidiana de la escuela.

En la vida psíquica de los estudiantes y maestros se entrecruzan valencias complejas y ambivalentes entre amor y odio, el poder, la imagen del colectivo, la autoimagen, el reconocimiento, el apoyo, la solidaridad, los odios, celos, competencias e intereses. Las representaciones y significaciones que tienen los hechos cotidianos en torno a los afectos de sus miembros, hacen de la escuela una constelación compleja de encuentros múltiples de realidades, placeres, frustraciones, fantasías y lúdicas que en ellos puedan realizarse. Como vemos, en la vida psíquica de los grupos los núcleos sanos se mezclan con las patologías de sus miembros. El estilo y la calidad de vida dependen del sentido y carácter de estas relaciones.

Pero, ¿de dónde provienen estos elementos de la realidad psíquica del alumno, muchas veces desconocida por los maestros? ¿Por qué el niño o joven pueden presentar comportamientos inesperados o reacciones desbordantes en el ámbito escolar? ¿Por qué se inhiben, se atemorizan o agreden? ¿Por qué buscan afecto?

La existencia de un arquetipo familiar y su influencia en las relaciones escolares determinan la existencia de las relaciones

afectivas, de autoridad, poder, comunicación y subsistencia, que a su vez se introyectan en cada ser humano.

De otra parte, la vida familiar es, en sí misma, el espacio de la vida privada, el lugar donde se produce el encantamiento de la vivencia en la que no está de por medio la imagen pública, ni tener que hacer, ni el qué dirán. Es el espacio del goce pero también el del sufrimiento, la confrontación de cada cual con su manera de ser y con la de los demás. No hay condicionantes para portarse “bien”. Se expresan toda clase de afectos y emociones, y como tal es un espacio de amor y conflicto.

La familia es el contexto inicial que aporta los elementos fundamentales en la sujeción del niño como ser humano. Vista así, la familia aporta los principales elementos a la subjetividad del niño como ser humano, desde la influencia de los padres y el contexto familiar que éstos han creado. Según como se desarrolle, este vínculo afectivo es base fundamental en la socialización primaria, de él dependen rasgos esenciales en la personalidad y la capacidad de respuesta adaptativa que tenga el niño en nuevas situaciones sociales. El fortalecimiento del vínculo afectivo trae como consecuencia el sentimiento de seguridad y confianza en el niño, fortalecido por la introyección de los objetos amorosos primarios: Papá y Mamá. Desde cuando está en el seno materno, la formación de la subjetividad nos muestra el papel activo del niño en el proceso hacia el desarrollo de su aparato psíquico y su conciencia, base para el papel protagonista, transformador de su entorno y de sí mismo.

En la formación de la subjetividad, que el niño y la niña lleguen a reconocerse como un yo, como persona depende de las significaciones fundamentales que le aporten papá y mamá para

construir su autoestima, confianza y seguridad, elementos psíquicos primarios para su interacción con el medio más amplio de la sociedad. La formación psíquica en estos primeros años tiene un carácter inconsciente y está sujeta a las orientaciones y oportunidades de formación de los padres y de la sociedad. De ahí la responsabilidad social y moral legada a la familia y a la escuela en sus primeros años.

Estas condiciones se proyectan a toda interacción social en la que se compromete la Salud Mental de la persona y su capacidad adaptativa o de defensa frente al medio social. La privación del vínculo afectivo, asociado al maltrato, condiciones de vida difíciles y una falta de confrontación con las figuras paternas, trae como consecuencia situaciones de abandono y que amenazan la sobrevivencia y desarrollo del niño, y éste interioriza mecanismos violentos de autoagresión y agresión a los demás, de sometimiento y frustración, o de destrucción, de un actuar irracional sin sentido ético ni principios de convivencia. Esta situación afecta a gran parte de la población colombiana, y subyacen serios problemas de carácter endémico en la Salud Mental. Ésta se da dentro de un contexto de crisis familiar, disfunciones, ruptura de lazos afectivos, madre sola como jefe de hogar, padrastros múltiples, síndrome de maltrato y abuso sexual. Esta crisis familiar se reproduce en otras instituciones de socialización en las que el niño es sujeto de la violencia institucional y cotidiana, tales como la escuela, la calle, la comunidad y los medios de comunicación, creando en él estereotipos de conducta de abandono, depresiva, esquizoide y de rasgos psicopáticos, que afectan la percepción de la realidad. Es en estas condiciones psíquicas donde se privilegia la violencia, la competencia, la envidia y demás sentimientos hostiles que desencadenan la violencia, que se amplían y reproducen en nuevos círculos sociales.

Entendida la dinámica fundamental de la formación de la psique infantil, cabe preguntarnos por el espíritu pedagógico de las relaciones cotidianas escolares que pueden reorientar la formación de la subjetividad del niño y la niña. Esta pregunta nos remite a cuáles son las condiciones de vida que, dependiendo de la familia, son necesarias para que el niño pueda alcanzar su pleno desarrollo humano.

Humanización vs. Barbarie

En las primeras experiencias de socialización surge la esencia e importancia de las relaciones humanas que forman al individuo y donde tienen carácter determinante la formación de sentimientos superiores, tales como el amor y la solidaridad. Estos son los que proporcionan los elementos básicos de la subjetivización para alcanzar los niveles potenciales de la escala humana, y una sociedad justa y democrática debe comprometerse con ellos para vincular a todos los niños a las más altas esferas del desarrollo de la humanidad. Para lograrlo es necesario ponerlos en contacto con lo mejor que pueda brindarle la escuela, para garantizar el sentido de humanización en contraposición a la barbarie como escenario silvestre de la sociedad.

Las relaciones humanas que dotan al niño de su carácter humanizante tienen que ver con las leyes del desarrollo descubiertas por la psicología. Es así como la afectividad, el hecho de que el niño se sienta querido y reconocido, la comunicación, el juego, la actividad cognoscitiva, el descubrimiento cultural del medio y la acción transformadora sobre él, son aportes fundamentales para su desarrollo. Este reconocimiento del niño como ser humanizado en formación debe ser el horizonte desde donde se construyan las relaciones psicosociales y afectivas con

la infancia. Debe determinar las relaciones en todas sus instituciones, y las disposiciones formativas, jurídicas y éticas que rigen las relaciones de la sociedad y la infancia.

Liberación del infante

A medida que el niño se forma en el seno de la sociedad, es atado a las formas sociales de ver y sentir el mundo, sus normas, patrones y creencias que lo determinan, primero inconscientemente. De ahí la fuerza de los determinantes circunstanciales en el comportamiento humano. Establecer una ruptura con ellos es lograr el proceso de liberación, descifrarlos, comprender su clave, tomando conciencia de sus determinantes para poderlos transformar, es un proceso generado en las redes de apoyo social, y que vendría a ser el ejercicio de liberación de las ataduras emocionales adquiridas por el niño desde sus primeros años. Las escenas de desafecto, humillación, amenazas y temores deben ser descifradas con todos los afectados, para crear ejercicios liberadores de esos determinantes emocionales. El ejercicio de transformación de sí mismo con apoyo de los pares es un ejercicio de conciencia y libertad, en torno al cual se forman las alianzas afectivas para un proceso humanizante del grupo. Una libertad en la que el hombre maneja las circunstancias, es decir, sus ataduras sociales, para resolver las ataduras emocionales que impiden la solidaridad, la tolerancia y la autonomía.

La red de apoyo social

Partimos de la concepción gramsciana del hombre, en la cuál éste se concibe como un ser social por naturaleza, producto de sus interacciones sociales, es decir de su historia, que se forma como tal a partir de los otros, estableciendo vínculos. Él es en los

otros y los otros son en él. Está determinado por estas relaciones y es en ellas donde se realiza. Su subjetividad surge en la socialización con los otros. Esta condición humana le da la opción de conocer su propia historia y desde allí el proceso de su conciencia, es decir la historia de sus relaciones, las que va transformando a medida que va conociendo. En el proceso de conocerse a sí mismo tiene la opción de transformarse, y de llegar a transformar las relaciones espontáneas e informales en relaciones orgánicas, con sentido, generando vínculos de conciencia que lo unen con otros hombres para realizar proyectos comunes de vida, es decir, de pleno conocimiento de su naturaleza. Esta nueva condición de ser orgánico es, a su vez, la red de relaciones, base de la red de apoyo social.

Desde este punto de vista, la construcción de una red de apoyo es un proceso educativo y social de permanente evolución hacia la realización plena del ser humano, para el ejercicio de su conciencia social y el alcance de su libertad real en las múltiples esferas de la actividad humana que lo orientan hacia sus procesos de humanización.

Partimos de que todo niño y niña está inicialmente atrapado(a) por el poder afectivo de la autoridad que lo reprime o lo abandona, condiciones que lo sujetan determinándolo en su comportamiento, sus limitaciones y posibilidades. La red de apoyo social sería la instancia social que crea la conciencia de los vínculos humanos y la posibilidad de la transformación de estos lazos en vínculos afectivos, personales, sociales, culturales que dan pertenencia, identidad y realización plena a cada hombre como ser humano, y desde allí la opción de su participación activa, productiva y creativa en relación con las organizaciones e instituciones a las que pertenece en su paso por el mundo.

Todo ser humano hace parte de relaciones orgánicas e institucionales que lo determinan en su quehacer social: la familia, la vecindad, los grupos de trabajo, instituciones que entretengan sentidos múltiples y aun antagónicos en la realización y búsqueda de sí mismos.

Estas interacciones tienen una base afectiva y valorativa, es decir, definen unas valencias afectivas de atracción o distanciamiento, tal como Kurt Lewin planteó las interacciones psicosociales, que inclinan la actividad hacia ejes sociales en los que está de por medio el valor personal de lo que se hace, en contraposición al prestigio como el reconocimiento y valoración social que el grupo social le da al quehacer personal y a su ser.

Todos los seres humanos en formación están sujeto a la tensión entre las situaciones diarias, circunstanciales, el ejercicio de su conciencia y los grados de libertad que ésta le pueda proporcionar.

El ser humano vive como núcleo o centro de anudamiento de las contradicciones dadas en estas relaciones, generando cargas afectivas que lo sumen en condiciones de pesimismo, incorformidad o de permanente frustración. Es decir, que el hombre en su realidad social inmediata está sujeto a su cotidianidad: convivir con esta situación, afrontarla y aprender a manejarla desde un sentido de realidad que le permita encontrar nuevas elaboraciones y significaciones, que cargan de contenidos transformadores hacia un sentido de humanización, generando armonía o por lo menos comprensión y tolerancia de estas relaciones en su proceso, esto es construir una vida más humana con los distintos grupos con los que interactúa y esto es lograr que las condiciones de estos grupos sean más humanas.

Construir la red de apoyo alrededor de la transformación del síntoma social

El desarrollo de estas redes de apoyo atraviesa por distintos grados de complejidad, por cargas afectivas relacionadas con las estructuras institucionales, por cargas valorativas y evoluciones nuevas y distintas. Éstas se generan desde lo espontáneo y personal, comenzando por las percepciones colectivas del síntoma social que los afecta. Las relaciones circunstanciales que van surgiendo de los grupos informales de niños y niñas, de jóvenes, por sentido de solidaridad e identidad, como procesos de organización paralela e informal, ya sea amparadas o en contraposición a las estructuras formales, en una interacción permanente que va desde lo sutil a lo evidente y desde las relaciones entre iguales a las heterogéneas, de lo móvil a lo estable, y viceversa, teniendo en cuenta que las relaciones son dinámicas.

Uno de estos aspectos es que las alianzas espontáneas de los individuos se generan alrededor de vínculos inmediatos que buscan favorecer situaciones de supervivencia o de garantía personales, como el prestigio y el reconocimiento, el no ser el chivo expiatorio dentro de una institución, son mecanismos de alerta que utilizan los grupos para afianzar el inicio de vínculos en situaciones de crisis. También surgen vínculos espontáneos, producto de las simpatías o las cohesiones grupales asociadas a ciertas condiciones de semejanza como la condición de género, de edad o prestigio social, en antagonismo con los supuestos de desigualdad.

Esta situación generalizada a un grupo de alumnos que esté afectado por un síntoma social, da lugar a vínculos afectivos y a abrir espacios de discusión, de reflexión colectiva, iniciativas

organizacionales y acciones que emprenden la transformación subjetiva del síntoma en torno a la reelaboración de conceptos y sentimientos, cuando cada integrante de la red interactúa con los otros en un horizonte de ayuda individual y colectiva. El ejercicio de reflexión colectiva para comprender el significado social del síntoma es pauta para crear la red de apoyo y los primeros pasos de concientización hacia procesos que permiten descubrir la dinámica para superar esta tensión, y para trazar, consciente o inconscientemente, las medidas que conduzcan a cualificar este proceso de permanente interacción entre los grupos humanos que conforman la cotidianidad de la escuela y la vecindad.

El síntoma psicosocial afecta a un conjunto de personas (padres, hijos, maestros, amigos, vecinos) que se ve comprometido dentro de ese mismo síntoma, utilizando mecanismos de identificación, defensa, culpabilidad y rumor contagiante.

Estas reacciones en el interior del grupo tienen un sentido específico para cada integrante, un contenido específico e inconsciente que reporta todo el cuadro de la crisis; ésta se produce porque, psíquicamente, es la forma que ha encontrado el grupo o el individuo para manejar el conflicto o la situación generada. Esta situación, generalizada a un grupo de personas que estén afectadas por esta circunstancia o que la compartan, da inicio a situaciones de cohesión o temor en el grupo, al compartir el significado emocional sobre lo sucedido. Sin embargo, la intencionalidad pedagógica de quien orienta la red puede reconstruir este proceso. La reflexión que se presenta en un grupo en torno a una situación de crisis es la primera pauta para crear la red de apoyo y los primeros pasos de toma de conciencia hacia procesos que pueden descubrir la dinámica que crea la cohesión ascendente de una red de apoyo cuando el grupo está en crisis.

La red de apoyo se forma en un proceso paradójico, o inversamente proporcional a la (situación de crisis) vulnerabilidad del grupo, por las significaciones psicológicas de los estímulos del medio, por amenazas reales.

La red de apoyo se puede generar cuando se reconocen explícitamente los factores que generan la crisis, fortaleciendo un sentido de realidad que crea nexos de apoyo entre los individuos afectados por la situación crítica.

La significación emocional que el individuo da a los factores que inciden en el manejo de una situación crítica personal, se hace explícita en una situación de crisis grupal, y nos permite identificarla como un factor de orden social, psicológico o institucional que favorece la cohesión, el vínculo que permite la autoestima, la valoración y la mitigación del impacto de la crisis, favoreciendo el sentido de realidad y el manejo adecuado del conflicto.

El ser humano genera vínculos sociales solidarios ante situaciones amenazantes, que preparan al individuo para acciones de alta exigencia energética y biológica, creando situaciones nuevas que permiten su sostenibilidad, control y potenciación de su desarrollo, realización y creatividad, aprendiendo a convivir con situaciones crónicas o aprendiendo a modificarlas. En algún sentido, la posibilidad de reconocimiento del problema es, disminuir su intensidad, o aprender a manejarlo.

Este proceso trae vínculos y relaciones sociales que se sostienen por oposición a la situación adversa y crea condiciones de bienestar en el individuo, resolviendo obstáculos ostensibles en la vida institucional, la organización social y ayudando a superar patologías sociales.

Para facilitar, dentro del proceso de crisis, la reflexión en el grupo, podemos generar un proceso de sensibilización, problematización, concienciación, formación y consolidación de la red. Podemos aplicar un instrumento cualitativo en grupo focal para hacer un reconocimiento del manejo colectivo de la situación escolar y de su manejo personal y grupal, así como para averiguar los procedimientos del grupo utilizados para crear una red de apoyo social, su aplicación y sostenibilidad. Se evalúa el proceso del grupo y sus resultados, dándole a los hallazgos obtenidos un nuevo criterio de validez.

Sostenibilidad de la red

De otra parte, la escuela que se vive tiene un sentido específico para el estudiante, un conjunto de representaciones y significaciones que se entretajan cotidianamente en las emociones, los intereses y las metas a cumplir arman una motivación fuerte de apoyo a la participación y realización de cada uno de los integrantes, que tienen como núcleo los espacios de reflexión que pueden orientar con los maestros o líderes, y la interacción se da informalmente para otros ámbitos de las actividades. Lo importante es que cada uno tenga sentido de pertenencia, intencionalidad de cambio y apertura a las iniciativas de los demás.

Los factores de apoyo son de orden personal, jerarquía relacional dentro del grupo, nexos de amistad y familiares.

Reconocer sus características psicológicas y sociales, identificar estos componentes con quienes se comparten, y cuáles son los factores protectores que favorecerían la autorrealización y el mejoramiento de las realizaciones personales, nos llevan a valorar los factores determinantes de las redes de apoyo social.

El apoyo social fortalece al individuo o a un grupo social afectado por condiciones similares de crisis que amenazan su integridad. Estos vínculos fortalecen la autoimagen, la organización y crean situaciones permanentes de soporte, transformando la energía psíquica y física.

El ámbito informal en los grupos escolares tiene como constante formar alianzas, vínculos y claves de trabajo que aminoran los factores críticos. La red de apoyo social se hace explícita de acuerdo con las significaciones psicológicas del grupo, con relación a la valoración de los factores que protegen frente a amenazas reales.

Significaciones individuales y colectivas: clave descifrada del síntoma

La significación tiene que ver con la valoración que el individuo hace de su comportamiento, sus interacciones en el entorno escolar, familiar y vecinal, la retroalimentación que de él hacen los demás y de cómo él asume el ejercicio del poder en las relaciones en que interactúa.

Las significaciones individuales que atraviesan la dinámica de la red tienen que ver con la transformación del síntoma. En lo subjetivo tienen que ver con las valencias que se han construido desde lo reconocido para interactuar tomando partido por las situaciones sociales que vive y que están sujetas a la naturaleza de sus deseos. Y hablamos tanto del amor propio, de la realización plena de su instinto de vida y su sexualidad, de la competitividad que genera odios, celos y envidias, de la capacidad de sentir amor y odio por los otros, como de la construcción de su identidad, del sentido de vida y de agresión. Estos aspectos subjetivos e

intrasociales y su reelaboración determinan las valencias que afectan las interacciones sociales y las percepciones con las que se selecciona la mirada y el compromiso con la realidad. Conocer estas dinámicas internas del estudiante, en el interior de los grupos, sea cual fuere la naturaleza de éstos, movilizar sus energías hacia focos de atención y trabajo que pueden ser comunes en la construcción de nuevos nexos sociales, nos muestra una naturaleza psicosocial que se pone en juego en los escenarios de la cultura, la organización y la socialización.

En resumen, la red de apoyo social es una unidad básica de organización dada desde el sentido de amor, solidaridad, comprensión y pertenencia de los individuos hacia su organización social, en búsqueda de una realización plena de todos y cada uno de sus miembros como seres humanos, para implantar un tono mayor de humanización dentro de las organizaciones o instituciones.

La red crece desde lo cotidiano, atraviesa las instituciones para lograr la realización humana dentro de las tensiones propias de la naturaleza de cada institución. A su vez, la red está formada por la vida y significaciones que le dan los miembros que la componen. Esta red no es formal y es contradictoria, pues al tiempo se viven valencias de poder y solidaridad, desde la conciencia de cada hombre como ser social, hasta el reconocimiento del vínculo con los otros y la realización de una sociedad y un estado en la búsqueda de la humanización.

Las redes de apoyo no son procesos lineales que se puedan crear en un grupo humano yuxtaponiéndolos para salvaguardar una necesidad personal. Estas redes surgen como procesos de conciencia colectiva, alrededor de sentir la necesidad de cambiar las condiciones que oprimen la posibilidad de realización humana.

Es la contraposición entre la barbarie del síntoma y la posibilidad de la humanización dentro de la construcción de una concepción de hombre y sociedad. La humanización retoma las conquistas superiores de la humanidad hasta lograr su expresión máxima, dentro de una búsqueda de una escala de desarrollo humano hacia el amor, la democracia y la comprensión de las tensiones que existen entre la civilización o cultura y la búsqueda por parte del hombre de la felicidad y la abolición del sufrimiento humano.